

ALOCUCION del Director de la Academia

Si a una alma oscurecida y yerta por la vejez y la soledad pudieran llegar la luz y el calor de la alegría, lleno estaría yo de ella, al recibiros miembro de número de la Academia Colombiana, correspondiente de la Real Española. Porque es motivo de inmenso regocijo la práctica de la justicia que premia; y esta virtud estaba reclamando las palmas académicas para el docto humanista, sabio catedrático, elegante escritor e inspirado poeta.

Fuisteis, hace treinta años, discípulo mío en estas aulas; y de entonces acá me habéis aventajado considerablemente en conocimientos humanos, y por el mérito de vuestras labores literarias. Acontece que un preceptor ilustre alcance a esclarecer con su fama a un alumno mediocre; y, otras veces, que un varón insigne salve el nombre y la memoria de un insignificante maestro.

No sólo os tuve de discípulo, sino que os he tenido de amigo fidelísimo, invariable conmigo en la próspera y en la adversa fortuna. Ved si estaré de plácemes.

Me recordábais, hace algunos días, que aquel en que os entregué el diploma de doctor en filosofía y letras, dije que esperaba posesionaros de una plaza en esta Academia. Alguna vez había de tener yo boca de profeta. Y no se diga que es fácil vaticinar lo que uno tiene propósito de hacer; porque vuestra elección no fue propuesta, ni apoyada por mí, y no me debéis en este caso, sino haber dado voto afirmativo.

Venís, señor, a suceder, como lo habéis reemplazado en la cátedra del Colegio del Rosario, a un hombre erudito como pocos, bueno como el pan, querido de todos nosotros como las niñas de los ojos. Esta circunstancia acrecienta el honor que estáis merecidamente recibiendo.

En nombre de la Academia Colombiana os declaro individuo numerario suyo; y os invito a ocupar vuestra silla, después de dar el acostumbrado abrazo de confraternidad y paz a los que ya son vuestros colegas.

R. M. C.

UN ROBINSON NOVISIMO

La historia que se os va a referir es verdadera.

Bien sabemos que no faltan en nuestros días escritores misántropos que, descontentos o fastidiados por las esquiveces del éxito o bien por otra causa cualquiera, se escapan, en la primer coyuntura, de la ciudad en que moran para ir a buscar compensador tempero en la linde de un bosque o a las márgenes de un tranquilo riacho; pero en manera alguna tienen pecho para confinarse a la pampa inclemente o a los oquedales del otro cabo del mundo. Sienten dentro de sí que la fiebre ciudadana, la agitación, el movimiento, la lucha que tanto condenan y dicen detestar tienen un singular atractivo del cual no les es dable prescindir.

De otra parte, ay!, por más que uno se hurte al tráfigo del día, a la intriga y a la moda, a las ferrovías subterráneas, a los pasteles *a la crème*, a las encrucijadas de los caídos, después de todo, siempre acabará por morir allá en una isla inhabitada, tenida, más o menos provisoriamente, como un sustituto del paraíso.

Mas el caso que nos ocupa es harto diferente: es el de un escritor nativo de la Gran Bretaña, la tierra de los tipos más singulares.

No há mucho, pues, el *Times*, el serio *Times* de Londres estampaba en menudos caracteres una noticia necrológica: la muerte de M. E. J. Banfield, escritor inglés, acaecida a los setenta años de edad en la isla de Dunk, jurisdicción de Queenslandia septentrional (Aus-